

VIAJANDO EN GERUNDIO

Al bajar por la escalera del avión un golpe de humedad y calor desconocidos me pegaron al cuerpo los ocho kilos de exceso de ropa con los que iba envuelto en sucesivas capas por no pagar más del límite aceptado en el equipaje Low-cost. Superado el momento crítico para no caer rodando por la escalerilla hacia la pista pude recuperar el aliento tras pasar el primer control aeroportuario y percibir que todos los saludos y carteles me resultaban de algún modo familiares: Yambo!.. !Hakuna Matata!.. Kariburi.. Pole pole.., palabras oídas y acuñadas desde la más tierna infancia, que de pronto me transportaban a un paraíso tarzánico y selvático con entrada directa, tras pagar el visado, a las turbulentas aguas del río Congo donde acaso remaran Bogart y la Herbour, trasmutando los oscuros negocios de Conrad y sus secuaces a las órdenes del rey Leopoldo II de Bélgica.

Sólo al desgajar la sucesivas capas de cebolla que llevaba adheridas y recibir el aire del ventilador en mi cuerpo, escasamente mojado con el resto de agua mineral que me quedaba en la botella, pude recobrar el aliento mientras un servil maletero casi se me cosía con el carro porteador para recoger mis maletas. Le advertí que no llevaba más bultos que lo puesto, con la mochila sobre la espalda y una bolsa en la que había depositado todo mis despojos. No sé si no me comprendía o se hacía el sueco-negro esperando la propina que ya empezaba a percibir como no muy generosa. Aun así, quizá por no encontrar mejores opciones, no se separó de mi lado solicitándome coger uno de los dos bultos insistentemente. Le regalé una camiseta de una prueba ciclista de la que fui observador.

Tocaba pasar la aduana y superar todas las reticencias habidas y por haber del aura nacionalista en la que se suelen revestir todos los países africanos emulando hasta el esperpento -cosa fácil- ese cáncer decimonónico promovido por Europa aún vigente. Parecían también querer vengarse en mí por el maltrato con el que les obsequiamos en sus vitales visitas a nuestras fronteras. Unas lonchas de jamón ibérico de cebo envasadas al vacío, absolutamente ilegales, iban ahora a solventar el dolor y las vejaciones causadas por nuestras concertinas, balas de goma de “ahuyentar”, disparos de “foguelo”, muros, fosos y demás lindezas con las que solemos recibirles en su llegada a nuestro paraíso.